

Discurso Congreso Iberoamericano de Editores.

Madrid, 30-9-06.

Señor Presidente del Gobierno de España

Distinguidas autoridades políticas y culturales

Queridas amigas y amigos

Este encuentro representa a su modo, en su esfera de acción, la magnífica unidad de la lengua española dentro de la diversidad de nuestra cultura y de nuestra geografía. Sólo es posible gracias a esa unidad y a esa diversidad. Y su posibilidad, a la vez, se identifica de un modo tangible, concreto, en camino de realizarse, con la de nuestro desarrollo y de nuestra plena incorporación al mundo del siglo XXI. Iberoamérica, y más precisamente, España y los países hispanoamericanos, que siempre tuvieron una dificultad histórica para incorporarse al mundo moderno, se asoman ahora a la modernidad desde un frente común, poderoso, destinado a influir y que ya ha renunciado en su casi totalidad a la coartada autoritaria. Y la cultura común, representada aquí por dos de sus aspectos esenciales, la edición y el libro, esto es, la industria cultural y su objeto privilegiado, nos permite concebir una integración que ya existe en buena medida, pero en la que debemos avanzar y que tenemos el desafío de perfeccionar. Frente a este Sexto Congreso de Editores Iberoamericanos, surge la idea obvia, evidente, pero no tan simple como parece a primera vista, de que no pertenecemos a una cultura de un solo libro. Somos, por el contrario, y después de liberarnos de inquisiciones de origen diverso, una cultura de libros diferentes, variados, a menudo contradictorios, en permanente y sorprendente aparición, en una proliferación que a veces nos llega a parecer exagerada, pero que contribuyen cada día, sin tregua y sin prisa, desde la esfera de la imaginación pura, del pensamiento, del conocimiento, de la tecnología, de las artes, a formar y a transformar, en un proceso

siempre vivo, nuestra visión del mundo. La extensión extraordinaria del español, la posesión a lo largo y a lo ancho de un espacio geográfico impresionante de una lengua llena de matices, rica en matices y en sabores, que se recrea a cada instante, pero dentro de una estructura única, sólida, que ha perdurado a lo largo de siglos, desde la gramática de Nebrija y desde antes de Nebrija hasta hoy, es un privilegio enorme, formidable, que no siempre alcanzamos a entender en todo su sentido.

La unidad amplia del español, fenómeno de energía, de lucidez, de creación imaginativa incesante, es una poderosa realidad histórica y ha pasado a ser en años recientes, aunque no lo sepamos nosotros mismos, una de las claves del mundo moderno. Me ha tocado asistir a reuniones internacionales de representantes de lenguas latinas donde el tono plañidero ha sido casi unánime. Y uso este “casi” a conciencia, porque en mi calidad de hablante del español he tenido que romper esa casi unanimidad y no incurrir, claro está, en el exceso del triunfalismo, actitud que en ese contexto habría sido de pésimo gusto, pero sí en un optimismo razonable y plenamente confiado. El español progresa en el mundo, avanza por el sur de los Estados Unidos en una especie de revancha histórica, se estudia cada día más en la China, en el Japón, en el Brasil, en todas las latitudes, y la edición en lengua española sigue y encuentra un ámbito, una zona de influencia cada vez más amplios.

Mi impresión quizá demasiado personal es que a veces somos insensibles, somos sordos, somos perezosos, frente al hecho de que la lengua es una entidad viva, colectiva, ligada a la permanente capacidad de invención de los que la hablan, es decir, de la calle, de la gente, del pueblo. Algún lector de Chile, de ese finisterre del idioma, se queja, por ejemplo, porque no entiende algún modismo de Madrid, una que otra palabra limeña, algún neologismo o una salida campesina de Colombia. Pues bien, esto significa no entender que la lengua original, con sus variantes, sus giros, sus sorpresas, sus dichos y refranes lugareños, es siempre más rica, más estimulante, más sabia, en último término, que la traducción neutra, impersonal, que no se arriesga, que evita el conflicto. Por eso puede ocurrir y ocurre a menudo que un escritor de Hungría, de Japón, de Egipto, de cualquier otro lugar, en traducciones que suelen recurrir a una lengua intermedia, a un esperanto del español, sea mejor recibido, en Santiago de Chile, en Quito, en Guatemala, en una primera etapa, que un escritor de Valladolid, de Madrid, de Sevilla o de La Coruña, lo cual

entorpece o confunde la visión integrada iberoamericana. En alguna oportunidad, pensando en equívocos de esta naturaleza, he hablado de la lengua común que nos desune. Pero el equívoco o la limitación se superan enteramente si entendemos que la lengua no es una entidad pasiva, fijada de una vez y para siempre. Ese punto de partida nos permite acercarnos a ella con curiosidad afectuosa, con espíritu vivo. Hace algunos años, los correctores de pruebas y de estilo de acá traducían las novelas nuestras, de Perú, de México, de Chile, al español de Madrid. Esa tendencia pasó, aunque a veces rebrota, pero nosotros también tendemos a escandalizarnos, como provincianos de América del Sur, como pueblerinos, cuando nos encontramos con localismos de Madrid, de Sevilla o de Bilbao. Son los momentos de somnolencia de nuestra cultura. Si tenemos ambición, y si tenemos sentido moderno, estamos obligados a preguntar por los giros que no entendemos, y recurrir al diccionario, y usar la imaginación. Es la forma viva de una cultura, que nunca será enteramente pasiva.

La edición iberoamericana de hoy, en su circulación, en su capacidad de llegar a los rincones más remotos del mundo contemporáneo, es una notable amalgama de industria y de cultura. Siempre he sostenido en mi país, con un eco, debo reconocerlo, más bien relativo, que la edición, que una industria editorial sana, es un núcleo de pedagogía cotidiana. Desde que entré a fines de los años cuarenta a la librería y en seguida a la vieja imprenta de don Carlos George Nascimento, el indiscutido editor de la literatura chilena de aquellos años; desde que leí mis primeros textos en Cruz del Sur Revista Hablada, la notable invención de mi viejo amigo Arturo Soria y Espinosa, convertido en su exilio chileno en editor de libros y editor radial, y que se definía a sí mismo como español discrepante y antimultudinario; desde que imprimí mi primer libro en la imprenta de su hermano Carmelo Soria, una máquina más o menos descoyuntada, pero fiel, que tosía y se lamentaba, que despedía aceite y vapor por algunas de sus juntas, que parecía humana, siempre he sentido que cualquier espacio editorial es una convergencia de gente que reflexiona, de creadores, críticos, traductores, hombres de ciencia, diseñadores, pintores. Por eso, cada editorial, a su manera, en su correspondiente escala, es o debería ser un centro de transmisión de ideas y de educación, una pequeña, atípica, pero necesaria universidad. España, desde luego, ya es una potencia editorial a nivel mundial, pero nosotros, allá en la América hispana, necesitamos con urgencia que existan en nuestras ciudades muchos de

estos focos de irradiación de cultura y de conocimiento. Creo que ahí, ni más ni menos, reside la posibilidad nuestra de consolidar un desarrollo y unas formas democráticas y modernas de convivencia. En este sentido, tenemos que recordar a cada rato que el ataque al libro en las formas más diversas, la censura oficial, acompañados de un fenómeno que en mi país fue deliberado y provocado y que se llamó “apagón cultural”, son en la historia de nuestro mundo las expresiones más típicas y más clásicas de la mentalidad autoritaria y reaccionaria.

Es una gran cosa que hoy y desde hace ya muchos años se pueda celebrar en Madrid, como se podría celebrar en otras capitales del idioma, este encuentro, un evento que hace algunas décadas no habría sido posible. En estos años, España es el país de Europa que más ha cambiado, y ha cambiado, sin duda, para mejor. El cambio español ha sido un estímulo, una inspiración para todos, y ha sido el gran modelo y la gran enseñanza para las transiciones nuestras. El desarrollo de la edición, felizmente, ha seguido un proceso paralelo a este cambio. Una edición abierta, plural, insertada en el mundo contemporáneo, que nos proyecta entre nosotros y fuera de nosotros y que nos trae los aires del mundo, sólo se puede concebir en democracias modernas. Es un síntoma y un reflejo de dicha condición democrática, es decir, de las libertades que ahora hemos conquistado y reconquistado. Yo, ahora, antes de terminar estas breves palabras, me permito recordar con afecto profundo, con una sonrisa de solidaridad humana, el galpón oscuro del centro de Santiago de Chile donde don Carlos George Nascimento, portugués de las Islas Azores vecindado entre nosotros, sentado en una silla de palo y en medio del fragor de las prensas, revisaba las páginas frescas de un José Santos González Vera, de un Pedro Prado, de un Eduardo Barrios, de un Mariano Latorre, los viejos maestros que mi generación iconoclasta zarandeaba entonces con entusiasmo digno de mejor causa, así como me permito evocar aquí esa imprenta humana, cansina, quejumbrosa, que manejaba en un patio trasero del barrio santiaguino de Los Guindos Carmelo Soria, cuyo final trágico todos conocemos, como recuerdo, al fin, mis llegadas a la extravagante editorial radial del incomparable Arturo Soria. La edición ha cambiado en forma vertiginosa, aquí y en todas partes, y es absurdo oponerse por principio a este cambio, pero creo que siempre, dentro de su inevitable y necesaria modernización, debería conservar algo de estos orígenes: un espíritu generoso, un sentido de la amistad y de la lealtad, un algo de quijotismo, una fe sin

concesiones, sin fronteras, sin dogmatismos de ninguna especie, en la cultura, en la reflexión intelectual, en la creación literaria, en el conocimiento científico y técnico, en todos los valores de fondo encarnados en el libro y que la edición se encarga de comunicar, de hacer circular por todas partes, de transmitir. Para mí, y lo digo después de una alarga experiencia y de una relación constante y variada con el mundo editorial, la edición es una gran aventura, una apertura al futuro, y a la vez, sin que una cosa excluya en absoluto a la otra, un homenaje constante a la memoria histórica y al pasado. Por eso estamos aquí y por eso tenemos más que abundantes motivos para celebrar este congreso que ahora se inaugura.